

# Manuel Andújar, literatura y conciencia

**T**engo muy vivo el recuerdo. Era una mañana de primavera. O —al menos— quiero yo creer que era mañana y que era primavera. La luz entraba a raudales por el amplio ventanal de la habitación. En el cuarto del hotel, próximo a la Gran Vía madrileña, nos habíamos congregado como haces de luz atraídos por el mismo foco, personas provenientes de lugares muy dispares. Allí estaba la crítica y profesora puertorriqueña Nilita Vientós, la novelista española Elena Soriano, el editor Ricardo Aguilera y su mujer, así como yo mismo con la mía; a todos nos había reunido el matrimonio Andújar. Era yo entonces relativamente joven, y tanto Ananda como Manuel se me aparecían cual seres míticos. Se decía que Ananda había vivido en la Unión Soviética y había contraído segundas nupcias en México con el novelista que hoy homenajeamos; de Manuel Andújar sabíamos que había vivido en Chile y en México, pasando en este país por las más diversas peripecias profesionales y personales. Aquella pareja singular me evocó entonces el dramático destino de dos seres a quienes la marejada de la historia arrastró muy lejos y vapuleó a su gusto durante años, arrojándolos finalmente —en acto de justicia cósmica que sólo a la naturaleza le es dado ejercitar— a las mismas playas de donde les había tomado la marea. Al mismo tiempo —y a pesar de haber sido irracionalmente zarandeados por aquellas contradictorias corrientes de la historia— ni Ananda ni Manuel habían perdido el norte ético de sus vidas, presentándose como ejemplares vivos en que se encarnaba la dignidad y la hombría de bien: representación así arquetípica de que esos supremos valores pueden mantenerse siempre, en medio, incluso, de las condiciones menos favorables.

## La experiencia del exilio

He empezado con esta evocación anecdótica —inicio, a su vez, de una amistad personal que se ha mantenido hasta su muerte— las reflexiones que me propongo hacer sobre la obra ensayística de Manuel Andújar, porque creo que tienen mucho que ver con lo que voy a decir aquí. El talante ético de su figura humana penetra en su literatura, empapándola en todas sus dimensiones y dotándola de una insospechada capacidad de asunción e integración de las más variadas experiencias personales. La obra de Andújar asimila en unidad peripecias culturales, profesionales y geográficas enormemente variadas, permitiéndole dotar de sentido y asumir en una síntesis superior todo el decurso biográfico o intelectual de su existencia. Por eso puede aplicarse a él la cita con que él mismo se refiere a otro autor: «La obra literaria, tanto en su génesis como en sus proyecciones, es un fenómeno de conciencia. La expresión verdadera, misteriosa, más allá siempre de fórmulas, modas y preceptos, refleja con natural abigarramiento, la reacción íntima, orgánica, del hombre ante su mundo, único espejo de la riada eterna donde las imágenes se marcan, y enmarcan, y las sombras desprenden radiante hechizo»<sup>1</sup>.

Esa «riada eterna» muy bien pudiera ser la del propio Manuel Andújar, saliendo en 1939 de España con la abigarrada muchedumbre que abandona el país tras la guerra civil. Y es que ése es, en efecto, el comienzo de una andadura humana, donde conciencia y literatura se mezclan en simbiosis indiscernible. Así se refleja en su primer libro, *Saint Cyprien, plage (Campo de concentración)*, que publica en 1942, al poco de llegar a México, y donde nos rinde cuenta de aquella experiencia que fue la convivencia de los republicanos exiliados en un campo de concentración francés, vigilados y humillados por soldados senegaleses. Muy cerca estaba Antonio Machado, agonizando en Collioure, cuya permanencia simbólica es inequívoca a lo largo de toda la obra de Andújar, como un espejo en que —como él mismo dice en el citado párrafo— «las imágenes se marcan y enmarcan y las sombras desprenden radiante hechizo». Que la sombra de Machado ha desprendido siempre ese radiante hechizo sobre Andújar es algo que veremos en estas páginas.

De momento, detengámonos en el hombre-escritor que tiene esta primera experiencia del exilio, sin olvidar la que le precedió de forma inmediata: la de la guerra civil, vivida entre los 23 y 26 años, en un primer plano, donde se mezclan lo existencial y lo literario; las impresiones en el frente de batalla se traslucen después en sus colaboraciones periodísticas que ya firma con el nombre de Manuel Andújar, identidad inicial de una personalidad que se irá fraguando a lo largo de toda una vida. Quizá convendrá

<sup>1</sup> M. Andújar, «Oriente y Occidente en Hermann Hesse», *Revista La Universidad*, n.º 5, sept.-oct. 1965, págs. 121-122.

hablar aquí de una prehistoria de Manuel Andújar al modo en que Aurora de Albornoz lo ha hecho de Antonio Machado<sup>2</sup>, pero es un tema sobre el que no tengo documentación para su justo desarrollo y que dejo a futuros investigadores de su obra. Es evidente, en cualquier caso, que en 1939 Machado está viviendo el final de su periplo humano, mientras Andújar inicia entonces el suyo —¿para tomar quizá su relevo? Aunque la pregunta quede sin contestar, constatemos al menos una similitud en el temple con que uno y otro van a vivir su peripecia existencial y literaria.

En esa similitud hay que destacar la actitud de Andújar ante la experiencia del exilio. Si éste es en Machado la última etapa de un itinerario vivido siempre con autenticidad, en Andújar se convierte en el comienzo de una andadura humana que el poeta sevillano —sospechamos— hubiera vivido con una óptica y una disposición muy parecidas. En ellas la preocupación por el problema español —que con el exilio producido por la guerra civil se habría radicalizado— tomaría su primacía intelectual, literaria y humana; preocupación que en Andújar tomó una actitud civil similar a la que se habría producido en Machado.

## El acento literario de una actitud civil: la apertura a otras culturas

La vivencia de la guerra y la posterior del exilio van a ser la plataforma sobre la que se alza una continua y lúcida reflexión sobre la historia, la sociedad y el hombre españoles. Esta actitud civil en la que Manuel Andújar trasluce la solidaridad con su pueblo va a adquirir un tono eminentemente literario que se manifiesta en una amplia obra de muy diverso calado: crónica, novela, cuento, poesía, teatro, ensayo... se alternan en su producción. Pero no interesa aquí tanto el género literario en que se expresa como el tono vital con que lo hace, así como la indagación literaria a través de ópticas y perspectivas diversas. Si Antonio Machado fue autor de heterónimos —o apócrifos, como él mismo llama a sus Juan de Mairena o Abel Martín—, no menos ocurre con el Andrés Nerja de Andújar, personaje que aparece en los más diversos lugares de su obra; lo mismo se explaya en una labor ensayística de carácter crítico que reaparece como personaje de una novela. El mismo Andújar se refiere a él como participante, «muy de niño, en los cursos postrimeros de la Escuela Popular de Sabiduría, encomendados a Juan de Mairena»<sup>3</sup>, al tiempo que le considera en otro lugar «mi colega de secretas fatigas y públicas utopías»<sup>4</sup>, en un texto que es todo él evocación de Antonio Machado; lo llama Andújar «resonancias» del espí-

<sup>2</sup> A. de Albornoz, «La prehistoria de Antonio Machado», en *Ínsula*, XVII, 182, 1962.

<sup>3</sup> M. Andújar, «Epístola a José Ramón Arana, amigo y compañero», en *Grandes Escritores Aragoneses en la Narrativa Española del siglo XX*, Ediciones Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1981, pág. 170.

<sup>4</sup> M. Andújar, «Resonancias de Antonio Machado», *Cuadernos Hispanoamericanos*, octubre 1975-enero 1976, núms. 304-307, pág. 6.

ritu machadiano y se refiere en él a la edición de *Obras completas* del poeta, publicadas en la Editorial Séneca, bajo la dirección de José Bergamín, como «libro de cabecera» con estas palabras: «Nuestro libro de cabecera. El ensueño conduce al sueño: España, las Españas, la España peregrina, la España anclada: abierto y cerrado el círculo mágico. Monodialogo periódico con la obra impar, entre físico, concreto, hábito confesional por atracción e incitación. Evitó, impide, el que nos recostemos en la castiza soñarrera, en el dormir pánfilo, en los despertares inertes. O en la vigilancia tópica, que no crea, y en trueques engañosos, aletarga aún más»<sup>5</sup>.

En definitiva, es la actitud de solidaridad y responsabilidad civil la herencia más clara de Antonio Machado sobre Manuel Andújar, y eso se aprecia en su cuidadosa atención a las más diversas culturas y tradiciones españolas. Sorprende a primera vista —aunque la paradoja, como veremos, sólo es aparente— que sea un andaluz, con vocación de andaluz además, quien primero se ocupe en el exilio de la literatura catalana. En una fecha tan temprana como noviembre de 1949, Andújar pronuncia en el Ateneo Español de México su conferencia *La literatura catalana en el destierro*, que luego se convertirá en base de un largo estudio. Tras analizar algunos de los nombres más representativos de esa literatura —Aveli Artis, Agustí Bartra, Xavier Benguerel, V. Riera Llorca, Jordi Vallés, Josep Ferrater Mora, Eduardo Nicol, etc.—, su opción es clara:

Útil es conocer la literatura francesa, al igual que la inglesa o la alemana o la rusa. Pero, como español, me importan más, mucho más, las letras catalanas y portuguesas, porque su sentido y su voz secular constituyen también mi sangre y mi sensibilidad, y me indican el futuro colectivo. Creo, asimismo, que a un escritor catalán consciente de su misión, de franco impulso, deberían apasionarle preferentemente las literaturas que, con la suya, integran el conjunto hispánico. (...) Y si, por desgracia, esta actitud racional y creadora no existe hoy en la dimensión necesaria, imperiosa obligación de los españoles de buena voluntad es poner manos al trabajo, al noble empeño, empeño de obreros y poetas, de forjar a España —con ésta y otras armas pacíficas— a través de las Españas<sup>6</sup>.

Esta preocupación por abrirse a otras Españas, volverá a ponerse en práctica con su estudio sobre la novelística aragonesa recogida en su libro *Grandes escritores aragoneses en la narrativa española del siglo XX* (Zaragoza, 1981), donde dedica amplios estudios a Benjamín Jarnés, Ramón J. Sender y José Ramón Arana; este último es una de las claves biográficas más importantes para la comprensión de Andújar como hombre y como escritor. Quisiera destacar aquí, sin embargo, su largo ensayo «Ramón J. Sender y el Nuevo Mundo», donde Andújar se ciñe a un tema tan poco estudiado como menesteroso de atención. La visión mexicana de Sender y su preocupación por los temas del mestizaje racial y cultural —recordemos su *Epitalamio del prieto Trinidad*— son propuestas de meditación para un acercamiento al

<sup>5</sup> Ibid., pág. 1.

<sup>6</sup> La literatura catalana en el destierro, México, 1949, págs. 41-42.

Nuevo Mundo, donde se conceda el debido peso a una interpretación de la cultura española que no puede dar la espalda al mundo americano. Y es aquí, precisamente, donde arraiga y toma cuerpo su visión andaluza. Tras Cataluña y Aragón, Andalucía, y con ella también Hispanoamérica. En su conferencia de 1980, *Andalucía. Mestizaje, españolismo y universalidad*, Andújar pone las bases de lo que luego desarrollará más ampliamente en su estudio *Andalucía e Hispanoamérica, crisol de mestizaje* (Sevilla, 1982). En el primero de estos dos textos, Andalucía se nos aparece —según su propia expresión— como «un paradigma del mestizaje», y en función de ello se apela a su responsabilidad y solidaridad con el conjunto del destino español. «Andalucía —nos dice— ha sido, siempre, el escenario geográfico más propicio a la intercomunicación»<sup>7</sup>. Se reivindica así el valor del mestizaje como criterio cultural de intercomunicación entre los pueblos, oponiéndose al uso peyorativo y despectivo que la palabra «mestizo» —*métis*— ha tenido entre francófonos y anglosajones; de aquí que diga sin tapujos ni circunloquios: «En la asunción y formulación del mestizaje constitutivo han de radicar nuestra fuerza moral, las pautas de conocimiento, indispensable incluso para acometer la solución certera de las materialidades hoy más angustiosas»<sup>8</sup>. Hay aquí una llamada casi angustiosa a la responsabilidad colectiva de un pueblo que alcanza madurez política propia con la constitución de la Comunidad Autónoma de Andalucía, y así lo dice bien explícitamente en este párrafo:

Por las razones e idiosincrasia sumariamente expuestas desearíamos conectar con los andaluces de aquí, de allá y acullá, que acogen la actual oportunidad histórica con grave sentir de sus responsabilidades, sin prematuro ánimo festival, sino con voluntad de colaboración y laboreo, capaz de suscitar un programa y un comportamiento hondo, «jondo», a tenor y sabor de nuestro cante, en que la gran mayoría popular se sienta, ¡al fin!, interpretada, implicada<sup>9</sup>.

La tarea propuesta no es retórica; alcanza plena concreción cuando afirma: «Lo que concierne a los andaluces es cultivar un clima de general concordancia. En virtud de unos principios humanísticos de aplicabilidad española, para que hasta pueriles parezcan las pueriles y anacrónicas demagogias que en resentimientos unilaterales hurgan»<sup>10</sup>. La concreción es aún mayor en este largo párrafo:

Es una gran tarea política y económica que exigirá sagaces y tenaces prestaciones, intenso y extenso esclarecimiento. Pero ello exige, asimismo, fundamentalmente, una labor pedagógica, reeducadora, en la que la conciencia del mestizaje andaluz —lejanos ancestros, indelebles huellas árabes y judías, injertos vasco-castellanos, discriminada comunidad gitana— sería uno de los enlaces más preciados. Útil para los demás pueblos de España, incentivo de la particular utopía que la sensibilidad de los sureños desprende. Y de la que tenemos ricas muestras en los movimientos que ha avizorado, acogido y expandido. Por ejemplo, a subrayar de nuevo la tan ensalzada generación del 27: magnífico triángulo poético, literario, de Sevilla —su Ateneo—, Granada (circu-

<sup>7</sup> Andalucía, mestizaje, españolismo y universalidad, Madrid, 1981, pág. 4.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 6.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 4.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 10.

lo en torno a García Lorca, Manuel de Falla, Fernando de los Ríos, el canónigo luego exiliado López Dóriga), Málaga, con la inolvidable y hospitalaria revista *Litoral* que capitanearon Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. Con este objeto, la articulación estatal, anímica y conceptual, de España, de las Españas, co-inspirada por Andalucía, nunca prurito monocorde, requiere que ésta disponga de «sus» derechos, instrumentos y atributos, en trance de probar que merece el autogobierno, que sabe verificarlo. Y que, de consuno, trasvasa el empleo de sus facultades y voluntariedades a la reconstrucción nacional, que debiera ser sereno diálogo y coordinado, equitativo esfuerzo de los pueblos ibéricos, en la fortuna y en la adversidad<sup>11</sup>.

Y acaba rotundo:

España, las Españas, precisan de Andalucía, en la profunda remodelación nacional, de confederativa médula, que habrá de efectuarse, a pesar de la visible o embozada mentalidad centralista, autoritaria, caciquil y coyuntural<sup>12</sup>.

## La reflexión sobre el mestizaje

Es verdad que no faltan en la conferencia que analizamos referencias a Hispanoamérica. Sin embargo, el tema es desarrollado con mayor énfasis en el citado estudio sobre *Andalucía e Hispanoamérica*, donde señala el carácter integrador y sincrético de ambos mestizajes, por mucho que las diferencias no dejen de resaltarse, como por ejemplo cuando dice: «Andalucía, equiparable resulta a la rosa de los vientos; Hispanoamérica, México en particular, emblema de la pirámide... Así, observamos la gran cinética espiritual que entrañan la Mezquita y la Alhambra. Y el grave anhelo de eternidad que petrifica, todavía más, la ciudad sacerdotal de Teotihuacan»<sup>13</sup>. Quizá por esa diferencia recalca más el valor modélico que lo andaluz puede tener para la nueva construcción española, «excepcional oportunidad —dice— de establecer humanos puentes espirituales de España a Iberoamérica y viceversa, el momento de arrumbar una política oficinesca de retóricos esperpentos. Tarea en que Andalucía con su personalidad definida y ajustada, podría facilitar a España una cooperación de incalculable entidad»<sup>14</sup>. Se vislumbra a esta luz la dificultad de los mestizajes latinoamericanos, para cuya plena integración aún no ha transcurrido el tiempo necesario como ha ocurrido en la Península. He aquí cómo interpreta esta situación nuestro novelista:

Nuestros compatriotas de América —no sólo nuestros emigrantes, claro, sino su íntegra población autóctona— a expensas se hallan de la enconada dicotomía de las sangres que aún no se acendrarón en felices íntimos desposorios. Las disyuntivas quizá se agudizan en los pueblos de rica cultura aborigen: México, Perú, Ecuador, Bolivia, Paraguay, los de América Central. Es tónica popular e hiriente, malherido penar que suele individualizarse. El mestizo —y su sino ha de aplicarse al criollo, refleja, más apagadamente, a los indígenas— contiene sexualmente, alterna plasticidad y aridez, bucea en su alma —y a veces el alcohol prende la llama— para dirimir la diferen-

<sup>11</sup> *Ibidem*.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 9.

<sup>13</sup> *Andalucía e Hispanoamérica, crisol de mestizajes*, Edisur, Sevilla, 1982, pág. 22.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 16.

cia radical de lo paterno y lo materno. Nadie pregunta con tanta angustia como él —o ella— por la validez y compatibilidad de sus ascendencias, pugna que reclama, para cabal armonía, su óptima sazón de tiempo. Ocho siglos requirió la dialéctica Conquista-Reconquista en Andalucía. Deberíamos situarnos en el corazón de un mozárabe, de un mudéjar, para vislumbrar cuán dramáticamente se debatían en su seno la dualidad o la trinidad de hablas, culturas y religiones. Por el desgaste de los siglos y la imposición de un credo, y de su estilo de civilización, lo insertaron en una sociedad que no lo interpretaba y a la que hubo de plegarse<sup>15</sup>.

Por eso le duele a Andújar que un hombre de la fina percepción de Ortega y Gasset, no reparase en el fenómeno central del mestizaje hispanoamericano, y aún menos de la profunda significación de Andalucía para el mismo. Es cierto que en *Meditación del pueblo joven* se refiere a lo que de amalgama peninsular tuvo la constitución de España como nación, pero una vez más se olvida del crisol de mestizaje que en esa España fue el solar andaluz; de aquí que Andújar no pueda reprimirse:

Una vez más, acoto, Andalucía, molde de una cultura antiquísima, crisol de mestizajes, máxima expresión arábigo-morisca y judía, con su moderna colindancia gitana, no existe como tal, en tanto que peculiar pivote de sustentación española, insignificante en el conjunto ibérico y, consecuentemente, de cara a la América poliforme —la exclusión inconcebible—<sup>16</sup>.

## El proyecto de *Las Españas*

Magnífica visión de Manuel Andújar, que desde su peculiar y singularísima óptica no pierde nunca de vista el gran proyecto de las Españas. Así lo supo ver ya en México, cuando, con José Ramón Arana, funda la revista *Las Españas*, anticipando un pensamiento que sólo después iba a tener gran madurez. La conciencia del proyecto fue ganando terreno en los años de la II Guerra Mundial, cuando al hilo de nombres sonoros y exóticos —Narvik, Tobruk, Leningrado, Indochina, Maginot...— los españoles expatriados iban alimentando la esperanza de una próxima vuelta a sus lares. La traición del «Comité de No-Intervención» a la República, se consumó después por las potencias aliadas al final de la guerra, consolidando la victoria franquista de 1939. Andújar y Arana nos dejan constancia, a través de la pluma del primero, de aquellas inquietudes. «Al igual que buena porción de nuestros compatriotas —escribe— no habíamos dejado de plantearnos la primordial necesidad de recapacitar, ahincadamente, en las causas que determinaron la posibilidad del complot-asalto que destruyera la República. Tal inquirir de conciencia nacional era indisoluble, en nosotros, del hecho de la falta de publicaciones —*independientes de partidos, instituciones oficiales, legitimismos, capillas y sectas*— que con amplio criterio integrador sirvieran a la cultura y a las letras españolas en el exilio, ausencia

<sup>15</sup> Ibid., págs. 32-33.

<sup>16</sup> Ibid., pág. 53.

que ofrecía irritante contraste con la obra creadora, de investigación y crítica, que desconectados sectores e ilustres personalidades realizaban sin desmayo, creciente y ejemplarmente»<sup>17</sup>. En efecto, en 1946 habían desaparecido *España peregrina*, *Romance* y *Litoral*, sin que ninguna otra publicación hubiese reemplazado el vacío dejado por ellas. Así surgió la idea de *Las Españas*, cuyo primer número de octubre de 1946 apareció con editorial muy explícito de su significación; se decía en él, entre otras cosas:

La cultura española ha sufrido solución de continuidad. Detrás de los viejos maestros, y de los que ya empiezan a envejecer, no se ve nada. Da grima leer los periódicos y revistas que llegan de España. España, allí, no tiene voz... Pero España puede y debe tener voz más allá de sus fronteras; donde quiera que haya un núcleo de españoles viviendo en libertad. (...) En el orden puramente político, a falta de una sola que pudo ser respetable y atronadora, no le faltan voces y vocecillas desperdigadas; pero a excepción de la revista editada por los intelectuales españoles en Francia, no conocemos, en este momento, ninguna publicación al servicio de nuestra cultura, donde puedan laborar los valores consagrados que aún nos quedan y encontrar los jóvenes clima propicio a su inquietud y esperanza. *Las Españas* aspiran a ser eso en lo posible: es un pequeño instrumento de trabajo, una aportación a la gran tarea que es menester emprender y que deben de encabezar nuestros más destacados intelectuales, pensando únicamente en España, para, entre todos, pensar la España nuestra, popular, tradicional y, por verdaderamente tradicional, revolucionaria de esta hora dramática, decisiva, de esta hora española. (...) *Las Españas* no se debe a ninguna capilla literaria, no está obligada con ninguno de los sectores que componen la emigración política española. Es una revista literaria absolutamente independiente, que aspira a ser un instrumento más en la reconquista y reconstrucción de España, en la difusión de nuestra cultura, en la exaltación y conocimiento de nuestros valores<sup>18</sup>.

La publicación pasará por tres etapas bien diferenciadas. En la primera —de octubre del 46 a agosto del 50— comprende 18 números (24 si se contabilizan los números dobles), donde aparecieron números extraordinarios dedicados a Cervantes —«el primer gran heterodoxo de la hispanidad»—, a la UNESCO y a la ONU, reveladores todos ellos del sentido universalista con que se entendía la cultura española. La segunda etapa —de mayo de 1951 a julio de 1956— la revista tomará una tendencia más política que otra cosa y Andújar —partidario de su finalidad predominantemente cultural— se retira, en silencio, de su redacción. En la tercera etapa —a partir de julio de 1957— la publicación cambia su título por el de *Diálogo de las Españas* y pretende hacer de ella una plataforma de expresión y de comunicación para los que, viviendo dentro de la Península, no pueden hacer oír su voz. Así lo dicen en el editorial del número 1: «Queremos que lo antes posible las columnas de *Las Españas* estén escritas en su mayor parte en la propia España por compatriotas, amigos personalmente desconocidos las más veces, que, con su nombre o pseudónimo literario, digan en ellas lo que piensan y sienten y no pueden manifestar... Más que una trinchera literaria, como fue y debió ser en sus comienzos, *Las Españas* será un me-

<sup>17</sup> Manuel Andújar-Antonio Risco, «Crónica de la emigración en las revistas», en *El exilio de 1939, tomo III*, pág. 50.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 52.



dio para el diálogo y colaboración entre españoles, de dentro y fuera de España, que no están en distintos frentes, sino en el único frente nacional...»<sup>19</sup>.

*Las Españas* fueron una constante defensa de la cultura española, y en garantía de ello y del valor que tal actitud representaba salieron las firmas de Hermann Hesse, Paul Rivet, Aldous Huxley, Marcel Bataillon, Jean Cassou, Georges Duhamel, Waldo Frank, Jean Sarrailh, Juan Marinello, Gabriela Mistral, Silvio Zabala, Leopoldo Zea, etc. No menor aval representan las colaboraciones de autores españoles: Américo Castro, Fernando de los Ríos, Pedro Bosch Gimpera, José María Gallegos Rocafull, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Ramón J. Sender, José Bergamín, María Zambrano... O también textos de Cervantes, de Machado, de Juan de la Cruz, de Maragall, de Unamuno, de Joaquín Costa, de Rubén Darío, de Mariano José de Larra, de Rosalía de Castro y un larguísimo etcétera. Una realización de *Las Españas* que no podemos olvidar son sus «Suplementos», donde aparecieron textos como los siguientes: «En el IX aniversario de la muerte de Antonio Machado», «Las nacionalidades españolas», de Luis Carretero y Nieva, «Once Cuentos», «Por un movimiento de reconstrucción nacional» y «La laboriosidad de los españoles en su lucha por la elevación económica y cultural», de Manuel Díaz-Marta. Todo ello gracias al grupo de apoyo creado por el denominado «Amigos de *Las Españas*», de donde saldría el núcleo fundador del Ateneo Español de México, institución fundamental en la cultura española del exilio, que merecería una consideración aparte y mucho mayor de la que hasta ahora se le ha dado<sup>20</sup>.

## La convergencia de exilio y mestizaje

La perspectiva que hemos ganado sobre la obra de Manuel Andújar es inequívoca. Toda ella está guiada en el exilio por la necesidad de salvar unos valores, y esos valores son los de la cultura española; tarea que sólo en España —al retorno de ese largo periplo— alcanzará la debida madurez intelectual. Es necesario ahora volver a su libro sobre *Andalucía e Hispanoamérica, crisol de mestizajes* (1982), donde retoma su vieja meditación sobre lo español con nueva perspectiva y lúcida perspicacia, imposible de conseguir si no es con la serenidad y distancia que los años proporcionan. Alcanza en dicho texto plena expresión esa actitud civil a la que nos referíamos al principio y que ahora parece palmaria. La experiencia del exilio americano le hace comprender a una nueva luz el significado cultural de la República española, así como el valor de su destierro en tierras iberoamericanas. Y así lo dice: «Es nuestra guerra civil... la que confiere incom-

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 64.

<sup>20</sup> Véase de José Luis de la Loma, «El Ateneo Español de México», en *El exilio español de 1939* (Taurus, Madrid, 1976), tomo III, págs. 281-291; y también el libro Homenaje a México. Historia contemporánea de una emigración: España 1939-México 1979, Ateneo Español de México, México, 1983.

parable significación humanística al régimen republicano y preludia lo que será después el trastierro de mayor transcendencia y hondura. (...) La intelectualidad, en cierto modo titular de la República, a la que se incorporan estratos de relieve, índole y procedencias populares, y que cobran profundizado sentir de un repertorio de valores culturales humanísticos, pasa de ser institución vicaria a la incuestionable categoría de impulsora de un aquilatado mestizaje y de su potencial conciencia». Más adelante: «La captación de las singularidades culturales de Iberoamérica, por parte de una sociedad intelectual transterrada, apareja en otros sectores originarios de su entorno... un conocimiento empírico de los caracteres psicológicos, económicos, míticos, de unos países cuyo denominador común es el mestizaje»<sup>21</sup>.

A la luz examinada, exilio y mestizaje vienen a ser dos líneas convergentes, y así lo dice textualmente: «La evolución de los mestizajes latinoamericanos completa su ciclo integrador con el exilio de los mantenedores de la República»<sup>22</sup>. El pensamiento se concreta aún más enseguida: «El exilio republicano adquirió, en ese vasto trance, ponderada perspectiva de España y el saber de Hispanoamérica que únicamente la prolongada coexistencia y el interés ardiente por los problemas y sentimientos colectivos proporcionan»<sup>23</sup>. Teoría del exilio y doctrina del mestizaje quedan así indisolublemente asociadas, aunque en la Península aún no se haya cobrado conciencia de ello. «Es un hecho histórico trascendental —dice—, del que España no ha sabido aún extraer las consecuencias pertinentes»; quizá porque los españoles estamos todavía «aprisionados por la retórica y a resultas de una visión irreal y en lejanía»<sup>24</sup>. A ponerle remedio se apresura Manuel Andújar con su teoría del exilio como «puente»; particularmente fino es su análisis de la que llama generación de los «cachorros» —es decir, de los españoles que vivieron su infancia en el Nuevo Mundo, y allí se hispanoamericanizaron—. Nombres como los de Tomás Segovia, Roberto Ruiz, Enrique de Rivas, Luis Rius, José Pascual Buxó, José de la Colina, Francisca Perujo..., son bien significativos al respecto.

Y es cuando se quiere dar contenido a ese puente que califica de «la más preciosa ingeniería» —libros, talleres, amistades, hogares, hijos, costumbres, viajes...— cuando vuelve los ojos al posible papel de Andalucía como «lar introductorio» de Hispanoamérica. El seguimiento de los itinerarios del mestizaje andaluz podría ser la mejor preparación para el entendimiento de los mestizajes latinoamericanos. Así lo expresa:

Estamos seguros de que estas redes venosas del mestizaje andaluz, que de Tartessos parte, su fijación y atracción constituirían los pórticos más idóneos para una mejor comprensión de la España que sobre tan diversos pilares se asienta. (...) La nueva

<sup>21</sup> Andalucía e Hispanoamérica, op. cit., págs. 25-28.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, pág. 30.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, pág. 56.

<sup>24</sup> *Ibidem.*

«... la riada eterna donde las imágenes se  
marcan y enmarcan, y las sombras desprenden  
radiante hechizo.»



Manuel Andújar  
(1913-1994)

Andalucía, la capaz de proyectarse hasta sus orígenes y virtualizarlos en la actualidad, tendría en esa tarea uno de sus principales cometidos autonómicos<sup>25</sup>.

La exclamación final es suficientemente elocuente: «Iberoamérica y Andalucía —representativamente española— iniciarían —¡ojalá!— el proceso regenerador»<sup>26</sup>.

En cualquier caso, la necesidad del contacto resulta ineludible para el inevitable encuentro de unas señas de identidad, que forzosamente han de ser comunes, y así viene a expresarlo Andújar con su peculiar estilo: «No hay latinoamericanidad fidedigna si no se ha efectuado una extensa e intensa confrontación existencial con España y en su seno... Análogo predicado —añade enseguida— para el español a cabalidad, que precisa de la inmersión y holgado desenvolvimiento en la atmósfera de Iberoamérica»<sup>27</sup>.

Al terminar esta breve exposición de lo que ha sido la actitud civil de Manuel Andújar como escritor, no puedo dejar de señalar la ejemplaridad moral con que dichas ideas van refrendadas. He dejado constancia de cómo abandona la redacción de *Las Españas* —aquel proyecto en que tanta ilusión puso— cuando sigue unos derroteros con los que él no se identifica plenamente. Por otro lado, basta repasar los fragmentos de su epistolario que nos ha dejado en un bello texto titulado *Cartas son cartas* (1968) para autenticar las múltiples ideas —convertidas con frecuencia en verdaderas obsesiones— aquí expuestas. Por nuestra parte, no podemos echar en olvido un gesto que lo retrata de cuerpo entero en su humilde firmeza y su no menos firme voluntad de diálogo. Cuando él y yo pusimos manos a la obra para escribir una historia cultural del exilio —luego publicada con el título de *El exilio español de 1939*—, no dudó un momento en permanecer en un segundo plano, creyendo que así favorecía el diálogo intercomunicativo —valga la redundancia— que con su publicación pretendíamos estimular. Era la manera de cooperar que tenía más a la mano para que su obra literaria no dejase de ser conciencia, sin que tampoco su conciencia dejase de ser literatura. Manuel Andújar, hombre cabal, escritor de una pieza, donde ni el nombre ni el hombre se suplantán, pues ha sabido hallar el difícil equilibrio en que la persona humana y la rúbrica literaria se identifican y avalan recíprocamente: literatura y conciencia, en definitiva, en irreprochable simbiosis.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pág. 90.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 100.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pág. 96.

**José Luis Abellán**